

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina



121 Cronología de la violencia
paraestatal producida
durante la presidencia de
Juan Domingo Perón

(12 de octubre de 1973-29 de julio de 1974)



EL MIEDO

Las fuerzas salvajes las llama Horacio González. Bonasso, en su *Diario de un clandestino*, les da un nombre menos poético pero que juega entre el humor negro y el relato de terror. *Los horribles*, así les dice. Eran, primero, las patotas fascistas. Después, la Triple A. Esa tapa de *El Caudillo*. La que decía: “Quien le teme a la Triple A por algo será”, señalaba una culpabilidad. “Por algo será” quería decir “porque es un zurdo”. O “porque es un monto”. O uno de la Tendencia. O lo que sea. En suma, un enemigo. Un enemigo de Perón. Del peronismo y de la patria. Un comunista. Por eso le temían a la Triple A. Si fueran honestos ciudadanos, peronistas trabajadores o no peronistas que no jodían a nadie, podrían estar en paz. *Temerle a la Triple A era denunciarse*. O como un puerco comunacho. Un zurdo infiltrado. O un troscito con la camiseta peronista. Ese título —que sale después de la muerte de Perón— revelaba algo: había muchos que le temían a la Triple A. “Anda circulando una lista de psicólogos”, le confesaba un analista a otro o aun a su paciente. Con esto tal vez buscara calmarle el miedo, ya que acaso el paciente le hubiese confesado que había una lista de la comisión interna del Hospital Rivadavia, donde él era anestésista y parte de esa zona de riesgo intempestiva, súbita.

—¿Qué hicimos nosotros? Nada. Nos organizamos mejor en un lugar donde había una burocracia ineficaz. Para nosotros y para los internados.

Pero no. Seguramente en esa “comisión interna” había gente de la Tendencia. De aquí que se hubieran organizado “mejor”. Los zurdos siempre vienen con el verso de la organización. Siempre quieren organizarlo todo. Son como la matemática moderna. Como esa peste de la teoría de los conjuntos. ¿Qué es un conjunto? Una asociación. ¿Qué es una asociación? Un conjunto de zurdos con un objetivo de poder. *Todo conjunto es subversivo*. Se organiza al margen del poder. Todo lo que se organiza al margen del poder está contra él. Que nadie se sorprenda entonces de eso que hicieron los militares de la Seguridad Nacional: prohibir la matemática moderna.

Temerle a la Triple A era también otra cosa. No sólo desmascararse como un enemigo del Occidente cristiano, del ser nacional, del peronismo de Perón, de la patria peronista, era temerle a la muerte. Todos le tememos a la muerte, pero la muerte de la Triple A no era exactamente la muerte. Todos sabemos que vamos a morir “algún día”, “alguna vez”. Pero imaginamos esa muerte —no sólo como algo remoto— sino como algo natural. Se dice “murió de muerte natural”. Algo que —en verdad— es sencillamente falso. No existe la muerte natural. Todos mueren de algo. De un resfrío o de un cáncer. (Suponiendo que morir sea natural. Nada de lo que le sucede al ser humano es natural. Es ontológico. Ya veremos esto.) No obstante, la frase “muerte natural” tiene un sentido más amplio. *Es morir sin ser vejado*. Morir en casa, en presencia de nuestros seres queridos. “Los allegados del moribundo le dicen que mejorará, que pronto volverá a su conocida cotidianidad (...) Los allegados son expertos en consolar al moribundo. En el fondo no se dirige esto sólo al moribundo, sino otro tanto a los ‘consoladores’” (Feinmann, *La filosofía y el barro de la historia, Del sujeto cartesiano al sujeto absoluto comunicacional*, ed. cit., p. 349. La cita es de Heidegger. Se trata del pasaje del libro que analiza la concepción heideggeriana de la angustia y el temor en *Ser y Tiempo*). Morir en un hospital, cuidado por los médicos, adormecido por drogas piadosas que alivian los dolores de la partida. En suma, morir protegido. La muerte de la Triple A era otra. Ella la inauguró. Si se lee ese relato de *La Causa Peronista*, el que narra la muerte de Aramburu, se notará que el general de la dictadura del '55 fue respetado. Nadie lo injurió. Nadie lo vejó. No sufrió tortura alguna. La concepción que las guerrillas tenían del *dar la muerte* no incluía el tormento. Ni tampoco el desborde alucinado de balazos. La condición nazifascista de la Triple A se nota en todo. Desde su lenguaje procaz, soez, hasta la crueldad de sus métodos. Los cadáveres se encontraban atados con alambre de púas. Con señales evidentes de haber pasado por la tortura. (Nota: Uso deliberadamente este giro: *haber pasado por la tortura*. Porque da origen a otro: *se quedó en la tortura*. Hay quienes *pasan* por la tortura. Hay quienes *se quedan* en la tortura. La segunda expresión tiene un matiz cruel: pareciera que la responsabilidad de la muerte cae sobre el torturado, que no pasó, que se quedó. Como si él lo hubiera decidido. También tiene el matiz de la valentía y de la cobardía o la flojedad ante el dolor. Pareciera más fuerte el que *pasa* que el que *se queda*. ¿Por qué se quedó en la tortura? ¿Lo torturaron más que a otros? Difícil. Se quedó porque no resistió. Porque no pudo más. ¿Por qué no pudo más? ¿Fue más flojo que otros? ¿Por qué no toleró lo que otros toleraron? En general, pasar o quedarse da lo mismo. El final del torturado es casi siempre la muerte. A veces no. De aquí que algunos resistan tanto. Recuerdo una frase de Alfredo Bravo, un hombre de los derechos humanos en nuestro país, ahora fallecido: “Mientras me torturaban, me decía: ‘Yo voy a salir de esto’”. El salió. Otros también salen, pero inútilmente. Los matan. Salir no significa ganarse la vida.

A veces, algo peor: significa volver a la tortura. De aquí que muchos se queden en ella. También están los que hablan. Tampoco hablar significa ganarse la vida. Significa, sí, quebrarse moralmente. El que habla no se consuela diciéndose: “No tengo por qué tolerar la tortura. Nadie tiene por qué hacerlo. La tortura es intolerable”. Más adelante veremos las reflexiones de Rodolfo Walsh sobre este preciso tema. Pero el que habló sabe que su confesión arroja a los asesinos sobre sus compañeros y esto no puede sino atormentarlo. Sobre todo si no respetó el tiempo que la organización estableció para resistir y dar tiempo a los demás para protegerse. Sería el caso del Negro Quieto. Aquí la sorpresa es doble: se supone que un jefe tiene que resistir más que un simple miliciano. Si no resiste un jefe, su ejemplo se disemina entre los militantes y los desalienta. “Si él, que era el jefe, delató, ¿por qué no vamos a hacerlo nosotros?” Siempre hay un supuesto —aunque endeble— que otorga esperanzas: El que habla, se salva. O lo torturan menos. De aquí el mal ejemplo del Negro Quieto. Impulsa —justificándolos con su aflojada— a los militantes a hablar para zafar. De aquí que la conducción de Montoneros haya sido tan dura con él. Pero lo que esa conducción exigía era desmedido. A ningún torturado se le puede exigir no hablar. Ya llegaremos a ahondar sobre este tema, sobre todo cuando la guerrilla esté bajo la persecución feroz de la dictadura militar. (Se trata de una cuestión muy compleja. La hemos tratado en otras partes: *La sangre derramada, Escritos Imprudentes I y II*.) Y acribillados. ¿Qué significaba ese acribillamiento? Era masacrar a un ser humano. Dejarlo irreconocible. Era —también— una exhibición de furia. De odio desbordante. *Nuestro odio nos desborda. Cuando agarramos a un zurdo y empezamos a hacer fuego no podemos detenernos. El dedo se nos pega al gatillo. Queremos reventarlo. Porque a eso salimos. Salimos de noche, de día, a cualquier hora. El país es nuestro. Somos impunes. Salimos entonces a reventar zurdos. Ya se los habíamos anunciado.*

“Vamos a reventarlos a todos. Vamos a reventar a todos los zurdos de nuestro país hasta que no quede ni uno.” Lo habíamos dicho. Lo estamos haciendo. Habían empezado antes de firmar. Ya la CNU asesinaba a militantes barriales. A estudiantes. A lo que fuere. Una vez se metió en un barrio, entró en una Unidad Básica de la Tendencia y se llevó, arrastrándolos, a seis militantes. Los fusiló a las pocas cuadras. Esto, en 1973. Gobernaba Perón. Después, la Triple A desplegó el show macabro del desborde: a Atilio López, por ejemplo, lo secuestraron el 16 de septiembre de 1974. “Fue secuestrado en Buenos Aires y asesinado en Capilla del Señor (...) juntamente con el ex subsecretario de Economía de Córdoba, contador Juan José Varas. Como muestra del ensañamiento evidenciado, alrededor de los dos cuerpos se contabilizaron 132 cápsulas de 9 mm. y 3 cartuchos de escopetas Itaka” (Baschetti, *La memoria de los de abajo, Hombres y mujeres del peronismo revolucionario*, ed. cit., p. 307). Llamativa la fecha elegida: 16 de septiembre, aniversario del golpe contra Perón. Los de la Triple A, sin duda, creían estar repudiando esa fecha al asesinar a un “obrero traidor”. Atilio López, héroe del Cordobazo, histórico sindicalista del peronismo, siempre se asumió como un enemigo inconciliable de la “fusiladora”. Difícil no recordar aquí la novela de Osvaldo Soriano, *No habrá más penas ni olvido*. O esa escena del film de Olivera con guión de Roberto “Tito” Cossa basado en la novela de Soriano en que dos peronistas se enfrentan. Uno, el aviador que vuela en su pequeño pero fuerte Torito. Otro, uno de la Triple A, que tiene una metralleta. Los dos se miran. Torito, desafiante y desdeñoso, le dice: “¡Viva Perón, carajo!”. El otro dispara su metralleta y grita: “¡Viva Perón, carajo!”. (Nota: Le envié un mail a Tito Cossa: “Querido Tito: Por favor, una sola pregunta: eso de los dos tipos que se matan uno al otro en tanto gritan ‘¡Viva Perón, carajo!’, ¿es tuyo o de la novela del Gordo? Mil gracias. Un gran abrazo, querido amigo”. Respuesta de Tito Cossa: “Es mío, aunque está en la esencia de la novela que escribió el Gordo. A ver cuándo venís a visitarme a Argentores. Un abrazo, Tito”.) Sí, el peronismo es complejo. (Admito que es una tontería decirlo a esta altura de la presente obra, pero deseo remarcar la síntesis dramática que logra el film de Olivera-Cossa en esa escena. La ficción es una herramienta inapreciable para el ensayo. Por eso este libro ha recurrido a ella con tanta convicción y lo seguiré haciendo.)

En suma, la muerte de la Triple A era la muerte vejatoria, la muerte más la tortura, la tortura sin fin, porque no era la “tortura de inteligencia”, la Triple A no buscaba información, torturaba por puro sadismo, torturaba innecesariamente, torturaba sólo para saciar la demencia cruel, el salvajismo de la patota. Porque estaba formada por torturadores. ¿Cuánto hiere y duele pensar a profesionales, a obreros honestos, sindicalistas puros, a chicas jóvenes, a pibes que se metieron en un sueño y no en la pesadilla que de pronto vivían, a políticos cristalinos, a idealistas de todo tipo, en manos de asesinos de la peor calaña, elegidos cuidadosamente por sus virtudes canalleras, porque sabían pegar, torturar, picanear, violar, humillar, porque eran expertos en las variadas, innumerables formas de la vejación! A eso le tenían miedo los militantes de superficie de la Tendencia, desde los que militaban en los barrios, hasta los de las comisiones internas, desde los de los comandos tecnológi-

cos hasta los profesores de las facultades y los decanos y los políticos de izquierda o enemigos de la persecución macartista que se había desatado. Nadie les había dicho que sería necesario ser tan valientes. Cierto: cuando cada uno entró en la Tendencia supo que corría riesgos. Pero no tantos. No el horror. Ni Onganía ni Levingston ni Lanusse habían aterrorizado a la población. No habían lanzado bandas impunes contra todo lo que estuviera del centro a la izquierda. Esto era nuevo, insisto. Siempre se torturó en este país. Siempre hubo vejaciones. Pero no era la línea central. No lo era, al menos, en los gobiernos que la juventud había enfrentado hasta el 21 de junio de 1973. Existían los casos de Felipe Vallese, Santiago Pampillon, Juan Pablo Maestre, pero ya el hecho de poder nombrarlos señala la diferencia. Los cadáveres de las zanjas —si bien todavía no eran anónimos: sólo lo serían los desaparecidos, los que ya no estarían nunca— eran reclamados por sus familias. Sólo que, al ser tantos, empezaron a perder identidad. Un muerto terminó por ser apenas *otro fiambre que encontraron en una zanja*. Cierto día, el almacenero de Munro, un gallego buenazo, tranquilo, me recibe aterrorizado, temblequeando. Aparte, me confiesa: “Siempre hago un asadito camino a Ezeiza. Casi todos los domingos. Después busco un lugar fresco y duermo una siesta. Mis chicos juegan al fútbol, mi mujer me teje un pulóver. El domingo pasado, ahí nomás, entre unos pastizales



altos, no se imagina, ¿sabe qué encontré? Un muerto. Un cadáver lleno de agujeros, de sangre seca, pálido. Mi di el susto de mi vida. Dígame, ¿qué está pasando en este país?”.

Miguel lo había dicho: “El Ejército todavía no se puso en serio contra la guerrilla”. Perón sí. Pero no con el Ejército. Porque no lo tenía. Con las bandas fascistas. Con la hez, la basura, los paranoicos de la muerte vejatoria, atroz, dolorosa hasta los límites del dolor, que coincidían con la muerte.

De aquí el dolor del texto de Horacio González. Cuando la Jotapé “Lealtad” se escinde, la muerte dominaba el escenario. Claro: los Montoneros habían matado a Rucci y los *lealtosos* se indignaba y tal vez exageraran esa indignación o no. Los había sinceros. Pero otros sobreactuaban su bronca sencillamente para rajarse y salvar el pellejo. Había otro motivo valedero o, al menos, atendible. Algunos decían:

—No me pidan que me haga matar en medio de este despelote donde no hay un solo lugar que no esté lleno de locos.

EL MIEDO (II)

Así como nadie esperaba el genocidio que se llevó a cabo bajo la dictadura de Videla, nadie presintió siquiera el desastre político y la matanza que se precipitaron desde el 20 de junio en adelante, desde que llegó Perón. Carajo, ¡bamos al socialismo! El mundo marchaba hacia ahí y Perón venía a consolidar

ese rumbo. Ahora, de golpe, nos íbamos a la mierda. Y el líder de la conducción revolucionaria se comportaba como nuestro peor enemigo. De pronto, empezábamos a hacernos preguntas sorprendentes provocadas por la política represiva de un gobierno que –suponíamos– iba a ser “nuestro”: “¿Aguantaré la tortura?” “Si me torturan, ¿qué hago? ¿Hablo o no hablo? Pero, ¿qué mierda tengo yo que decir si soy un pelotudo que anduvo siempre en superficie, que ni conoce a la conducción, que está clandestina, segura? Además, tengo una familia. Chicos pequeños. Creí –como un boludo– que la revolución venía tan regalada que todo era posible: formar una familia y cambiar el mundo. ¿De dónde salieron estos monstruos, dónde estaban?”

Anuncié un ejemplo perfecto del miedo. ¿Para qué dar vueltas? Yo puedo analizar durante cien páginas “el miedo” en el ‘73 y seguramente no lograré transmitirlo con la fuerza de dos relatos que guardo bajo la manga. Puedo plantear la diferencia heideggeriana entre el miedo y la angustia y, de todos modos, no calar en el *espíritu de la época* como estos dos breves relatos nos permitirán. De Heidegger podemos adelantar algo: el maestro de Friburgo decía que el miedo no era la angustia. Que el miedo siempre está referido a algo. “El *miedo* es siempre *miedo de algo*. La angustia no. La angustia me revela la nada. Incluso se dice en el lenguaje. Si me preguntan de qué



estoy ‘angustiado’ contestaré ‘de nada’” (JPF, *La filosofía y el barro de la historia, Del sujeto cartesiano al sujeto absoluto comunicacional*, ed. cit., p. 349). Por el momento nos quedamos con esto: el miedo es siempre miedo de algo. *Quien le teme a la Triple A por algo será* expresa esa situación adecuadamente. ¿A qué le teme uno? A la Triple A. Eso es el miedo: temerle a algo concreto. Adelante. Para introducir los dos relatos tenemos que trazar una cierta introducción histórica.

Durante “el asalto a las universidades” que protagonizó la Tendencia hubo una materia que convocó a una multitud de fervorosos estudiantes. Se la ofreció Oscar Sbarra Mitre a Horacio González. “Sbarra Mitre había abierto su administración con un gesto grandilocuente: remató los viejos muebles suntuosos de la facultad y, con ese dinero, compró sillas y mesas de fórmica y pudo becar a una cantidad de alumnos pobres. Horacio pensó que en ese espacio tenía algo que hacer y decidió aceptar su oferta” (Anguita y Caparrós, *La voluntad*, tomo 3, ed. cit., p. 63). Horacio instaló su cátedra en la playa de estacionamiento de la facultad y, con adecuados altoparlantes, daba sus clases magistrales y masivas. ¡Tenía 20.000 alumnos! “En esos días, Horacio seguía con su militancia en Floresta, donde cada vez más gente se acercaba a las unidades básicas (...). También participaba en el consejo de redacción de la revista *Envido*, que había perdido la pulseada por convertirse

en la revista teórica de los montoneros frente a *Pasado y Presente*, editada por un grupo de intelectuales de origen gramsciano, con mayor prestigio académico: José Aricó, Juan Carlos Portantiero, Héctor Schmucler, que se adaptaron mejor y publicarían, dos meses después, un artículo de Aricó que decía “la unión de FAR y Montoneros es el acontecimiento más importante de esta época”. *Envido* aparecía como más peronista, con una visión más populista de la historia, sin un encuadramiento montonero demasiado claro. Uno de los miembros de su consejo de redacción, Jorge Luis Bernetti, que había sido secretario de prensa del Frejuli, vio en esos días a Firmenich y hablaron de *Envido*. El jefe montonero no parecía saber que Bernetti estaba en esa revista:

“–No, a esa gente hay que sacarle la financiación.

”Le dijo a Bernetti, que intentó explicarle que *Envido* nunca había recibido dinero de su organización. De hecho la revista no duró mucho más” (Anguita y Caparrós, *La voluntad*, ed. cit., p. 63). Aquí hay que aclarar algunos puntos. Ante todo, si aún no lo dije, lo digo ahora: el libro de Anguita y Caparrós es excepcional. Esa crítica boba que le hicieron cuando salió (“hicieron la historia de los ‘70 con sus amigos de la Ghandi”) expresa todo lo contrario de lo que pretende. El mérito de la veracidad del libro es que surge de las voces de verdaderos militantes de la Jotapé. Y de gente de superficie. Bonasso, por ejemplo, se maneja con un “all star cast”. En su libro, si él atiende un teléfono y del otro lado no habla Perón o Walsh o Cámpora o Firmenich, nada vale. Es la historia contada desde arriba. Los héroes son los grandes protagonistas, que muchas veces eran los que menos sabían, precisamente por volar tan alto, por decidir tan desde arriba e ignorar la base. En cambio, Anguita y Caparrós toman voces privilegiadas de la militancia de superficie que, además, han llegado a ser muy importantes con los años. Aclarando esta cuestión, me permitiré señalar que *Envido* jamás tuvo ninguna pulseada con *Pasado y Presente*.

Por un sencillo y poderoso motivo: nunca pretendió ser la revista teórica de Montoneros. *Envido* es el ejemplo perfecto de que la juventud peronista *no era* Montoneros. *Envido, desde su aparición en 1970, fue la revista teórica de la Jotapé*. Más que *Antropología del Tercer Mundo* y muchísimo más que *Pasado y Presente*, que, recién en mayo de 1973, se acerca al peronismo saludando desde su editorial “a los que enarbolan la consigna *Gobernar es Mover*”, que era el título de tapa del número 9 de *Envido*. Luego de ese número, los Montoneros nos proponen incorporar la revista a la organización, “la hegemonía de la Tendencia”. Otros se hubieran arrojado de cabeza sobre semejante ofrecimiento. Significaba más difusión, más dinero, más tirada, etc. Nosotros no, nada. Miguel dijo: “Si los montoneros quieren la revista que metan a alguien en el Consejo de Redacción y se la ganen desde adentro”. Se armó un despelote satánico. Nos peleamos mal. De la peor manera. Bernetti se fue puteando y vociferando: “¡Esta es la peor reunión de Jotapé en la que estuve!”. Mucho más gracioso estuvo otro de los miembros del Consejo de Redacción. En medio de los gritos, las acusaciones, los reproches. Algunos tan graves como uno que recuerdo haber arrojado yo: “¡Con vos se trabaja sin alegría!”. (Del cual, desde luego, estoy arrepentido.) En medio de los gritos, decía, uno de los compañeros (Carlos Gil) impuso su voz. Súbito silencio. Todos lo miran. Se toma su tiempo. ¿Qué espera para hablar? ¿Qué cree, que tenemos toda la noche? Lentamente, casi silabeando, dice:

–Esto es puterío.

Salió un número más de la revista. Pero ya muchos no estábamos porque la cercanía con Montoneros nos irritaba. Esa cercanía nunca fue relevante. *Envido* era demasiado para Firmenich. Aun los compañeros que quedaron no estaban con los fierros. No podían. Se habían formado pensando en términos políticos y no podían variar de un número a otro. Al Pepe no le gustó ese N° 10. Lo anduvo diciendo por ahí y la revista no salió más. Fue ahí que *Pasado y Presente* se le acercó con fuerza. No sé si Aricó y Portantiero tenían más prestigio académico que Horacio (que juntaba 20.000 personas) o que yo, no lo sé. Sé que nos llevaban unos cuantos años. Eran tipos con mayor trayectoria. Hoy, a la altura de los tiempos, apostaría claramente a nosotros. La frase que se mandó Aricó (“la unión de FAR y Montoneros es el acontecimiento más importante de esta época”) ninguno de nosotros la habría dicho. Es una frase lameculos. Tan lameculos como la que se mandó bajo Alfonsín: “Alfonsín está a la izquierda de la sociedad”. No sé dónde estaría hoy Aricó. Siempre me atrajo su tonada cordobesa, su aire de buen tipo y su inteligencia. Sé –y lo dije– que Portantiero se explayó brillantemente presentándole un libro a Grondona durante el menemismo. ¿Dónde estaría hoy? Ni necesito decirlo. Junto a su amiga y compañera de praxis intelectual y política. ¡Qué rara trayectoria la de esta gente, la de estos *izquierdistas* del *Club Socialista*! El único que permanece puro, fiel a lo que un izquierdista debe expresar, es decir, los sufrimientos de “los de abajo”, es Alberto Díaz. Que también fue parte (y muy activa!) del Club Socialista, pero creo que, simplemente, piensa mejor.

La voluntad dice con cristalina verdad algo que –para nosotros, los que hicimos *Envido*, aunque nos hayamos peleado– es

importante: jamás recibimos un peso de la Orga que presidía Firmenich. Súbitamente recuerdo una frase de Brecht. La cito así, como me vino a la memoria: “Nosotros, que luchamos por la amistad entre los hombres, no supimos ser amigos”.

EL MIEDO ES EL PRECIO QUE LA REALIDAD LE COBRA A LOS SUEÑOS

Había dado varias charlas en Arquitectura. Una fue opacada por otra anterior de Paco Urondo: el poeta guerrillero les contó a los pibes cómo se manejaban las armas, cómo se cargaba un revolver y hasta –algo que habrá sido más deslumbrante– una metralleta. Lo escucharon pasmados. Como si les hablara el mismísimo Guerrillero Heroico, el Che de la foto de Korda y del piletón de Vallegrande. Poco podía ofrecer yo. Sólo un par de ideas para diferenciar entre burocracia y militancia. Pero hoy sucedía algo nuevo. Me llamaban para dictar “la materia que dicta Horacio en Economía”, dijeron. Era una materia que Puiggrós y los suyos habían impuesto en todos los lugares en que podían. Una especie de introducción a la historia de las luchas nacionales. Después le dijeron “la materia montonera” y los milicos del ‘76 la consideraron uno de los más graves pecados en el área educativa. Eso que llamaron la infiltración ideológica. O la penetración marxista en las universidades. O envenenar las mentes puras de los estudiantes argentinos. Todo eso junto.

Me encontré con el grupo que me había convocado. Entre ellos estaba Carlos Hurst, el hermano de Miguel, que también tenía otros: dos hermanos y una hermana. Este era el que le seguía en edad. Siempre sonriente, algo rubión, simpático, con cierta persistencia por andar detrás de su hermano mayor, algo que no estaba mal, que expresaba, por el contrario, su buen tino. Me dicen lo esencial. Que quieren que dicte la materia. Que elija el título. Que no sea el mismo que le puso Horacio a la suya: *Historia Nacional y Popular*. Que sea otro. Les digo que lo voy a pensar. Me dicen que el decano quiere hablar conmigo.

El decano es Alfredo Ibarlucía. No éramos amigos, pero nos conocíamos de distintos actos o reuniones. Entro en el decanato y lo encuentro de espaldas y mirando por la ventana. Ni me saluda. Sólo dice: “Están a dos cuadras. Me hicieron avisar que van a tomar la Facultad. Mirá vos qué amables. Se anuncian y todo. Las SA no eran así. Entraban de golpe y nada quedaba en pie”. Me senté en un amplio sillón de cuero negro. Necesitaba poner el culo en algún lado; si no, se me caía. “¿Los de la CNU?” No me contestó. Me sentí medio pelotudo. O del todo. *Tenían* que ser los de la CNU. (*Concentración Nacional Universitaria*, ésta, la de hoy, era una tarea que les correspondía.) Entonces Ibarlucía gira y le veo la cara. Eso que se ve ahí –en esa jeta pálida, en esas ojeras, en esos labios apretados– es el miedo. “Estoy solo”, dice. “Nadie previó esto. Tendríamos que haber armado un grupo para que nos defendiera. No sé. O nosotros o las organizaciones armadas. Alguien. Estamos en bolas. Si nos atacan, qué sé yo. Cualquier cosa, che. Cualquier cosa.” Tiene barbita, anteojos. O, al menos, así lo recuerdo. Me dijo Adriana Puiggrós que está bien. Que zafó y debe andar por los setenta años. Ese día –ahora– no cree llegar ni a mañana. Ese día –ahora– le digo otra boludez, una peor aún: “Asumí tu cargo, viejo. No sos una basura. Sos el decano de Arquitectura. Sos una autoridad”. “¿Vos creés eso? ¿Qué yo soy una autoridad?” “Claro. Agarrá ese teléfono y llamá a la policía.” Se ríe. “No seas boludo. La policía son ellos. Tienen toda la zona despejada. Pueden hacer lo que se les cante. Decís eso porque estás cagado en las patas y no podés pensar.” Enciende un cigarrillo. Un silencio palpable y hasta macabro se instala en ese decanato. Creo que ya había salido ese número de *Cabildo*: *Hay que intervenir las universidades*. “No te ofendas”, dice. “Yo también.” Pita tres veces y larga el humo con fuerza. Completa: “Yo también estoy cagado en las patas”. Me pide que me vaya. Con todo el coraje del que soy capaz –que acaso no sea tan escaso, como tampoco el de Ibarlucía– le digo: “No, me quedo con vos”. Sacude la cabeza, negando. “Es al pedo. Andate mientras puedas.” Me voy. Subo a mi auto.

Manejo durante un rato con la mente en blanco. Me detengo ante una barrera baja. Pongo la palanca en punto muerto. Pienso en la materia. Le pensaba poner *Historia y dependencia*. O *Historia de las luchas nacionales*. Los dos inspirados en un célebre libro de la época: *Las luchas nacionales contra la dependencia*, de Gonzalo Cárdenas. De pronto oigo un bocinazo. Pego un salto. Era yo. Sin darme cuenta había dejado caer mi cabeza sobre el volante, agobiado. Pienso: *si damos la materia nos van a cagar a tiros a todos. Nos van a reventar como a perros*. Es la primera vez que tengo miedo. De eso –como un ramalazo, violentamente– me doy cuenta. Nunca tuve miedo. Ni con la Noche de los Bastones Largos. Ni con lo de Trelew. Ni cuando lo encanaron a Horacio en el ‘72 y tuve que andar toda la noche por cualquier parte, con mi mujer y Virginia, que tendría apenas un año y medio. Se portó bien Virginia. Durmió toda la noche: dar vueltas en un auto siempre fue su somnífero favorito. Al día siguiente, el portero me dijo: *Ayer vinieron dos personas en un Peugeot. Les dije que usted no estaba*. También habían ido a lo de Arturo Armada, que ya vivía en

Florencio Varela. Amablemente, le revisaron toda la casa. Uno de los tipos, cuando encontró un número de *Envido*, dijo: *A esta revista la encontramos en todos los operativos*. A Horacio lo largaron en seguida. El comisario le dijo: *Tenés suerte, pibe. Caíste en una coyuntura muy política. Si no... Bué, andate*. El PJ había armado una conferencia de prensa para denunciar su desaparición y la de otro compañero. En la siguiente reunión de *Envido* le preguntamos si le habían pegado. Horacio respondió como sólo Horacio podía responder: *Sí, pero... profesionalmente*. Todos largamos una carcajada jubilosa, como de triunfo. No nos pueden hacer nada, pensamos. Tiene razón ese cana: es una coyuntura muy política. Tienen miedo a tocarnos. Nuestra generación le está por tirar el gran manotazo al poder. Y ellos lo saben. Sólo falta que venga Perón, ese *viejo general en batalla*, como solía decir Horacio. Se abre la barrera. No me doy cuenta. Me estoy dando cuenta de tantas cosas terribles, ¿qué mierda puede importarme si la barrera se abre o no? Pero los de atrás, ellos sí, se dan cuenta. Bocinean, me llenan de puteadas como todo porteño que se sube a un auto y se siente King Kong: *Arrancá, pelotudo. ¿Qué esperas? ¿Te sobra el tiempo a vos? ¿Qué tenés, pelotas de plomo?* Cruzo la barrera. Estaciono a un costado. Me recuesto contra el asiento. Miro y no veo nada. La mirada se me pierde por cualquier parte o por ninguna. Nunca tuve miedo. ¿Cómo puedo tenerlo *ahora?* ¿Acaso no se realizaron nuestros sueños? ¿No se hizo realidad el *Luche y Vuelve?* ¿No volvió Perón a la patria después de 18 años de lucha popular? ¿No es Perón el que gobierna? Sí, es Perón. Es Perón y tengo miedo. Se realizaron nuestros sueños y tengo miedo. Quién lo hubiera dicho. Acaso los sueños —cuando se realizan— se pagan así: demasiado caro. Porque tienen exactamente el costo de la realidad.

CRONOLOGÍA DE LOS ATENTADOS DURANTE EL GOBIERNO DE LASTIRI

Queda para más adelante nuestro *Segundo Relato sobre el Miedo*. Resultará más palpable, se respirará su olor, su sudor (porque el miedo tiene un olor y un sudor que le son propios), luego de la publicación de las listas de muertos entre el 12 de octubre de 1973 y el 1 de julio de 1974. Esos asesinatos fueron perpetrados por las bandas fascistas amparadas por el gobierno, los sindicatos y la policía, muchos de cuyos miembros las integraban. Varios de los nombres que aparecen ya estaban en el libro de Ignacio González Janzen, *La Triple A*. De otros puedo dar fe. Los recuerdo imborrablemente. Los leí en los diarios y cada uno de ellos fue un impacto. La mayoría fueron comentados en reuniones políticas. No se le atribuían a Perón. Ni al “Gobierno de Perón”. El Viejo era ajeno. Las bandas se le escapaban de las manos. Lo desobedecían. Y el Brujo manejaba todo. Seguramente también al anciano líder.

Escribe Sergio Bufano: “El Perón que desde el exilio había utilizado la política del péndulo entre izquierda y derecha resolvió de la peor manera la contradicción que él mismo había provocado. Y optó por un camino en el que pesó más su condición de militar que la de político. La elección de José López Rega y su consentimiento para que actuaran bandas paraestatales como instrumento para depurar a su movimiento y para derrotar al marxismo fue su peor decisión. Hasta ahora —y esto es una deuda pendiente— no se ha elaborado un recuento de los crímenes cometidos por esas bandas desde 1973 hasta 1976. Algunas fuentes arriesgan desde 1200 hasta 1500 víctimas de matadores que hoy caminan libremente por las calles” (*Lucha Armada*, año 1, N° 3, p. 28). Otras fuentes llevan la cifra a 2000. Del modo que fuere, ya hemos hablado de la *trampa* de las listas. Se aumentan o se disminuyen según la ideología de quien cuenta los muertos. Carlos Saúl Menem se atrevió a decir (¿hay algo a lo que Menem no se atreva?) que las organizaciones guerrilleras habían matado a 2000 personas y los militares a 6000. “O sea, andan parejo”, fueron —aproximadamente— sus conclusiones.

Sigue Bufano: “Si la memoria requiere de insumos precisos, la siguiente cronología contri-

buye a registrar la violencia paraestatal producida durante las gestiones de Lastiri y de Perón. La lista fue elaborada por el Latin American Studies Association y publicada por la Universidad Nacional Autónoma de México en 1978. Es incompleta y sólo se registraron algunos de los atentados dirigidos contra los grupos de izquierda, particularmente las organizaciones de base del peronismo vinculado a la organización Montoneros. La lista culmina un día después de la muerte del presidente Perón” (Bufano, *Lucha Armada*, Ibid., p. 28).

A continuación, la cronología de los atentados y muertes producidos durante el gobierno de Lastiri y de Perón. Habíamos cedido a la tentación de no publicar las del gobierno de Lastiri, un poco por no arrojar tantos muertos sobre el lector y otro poco para no arrojárselos a Perón. Lo último no faltará quien se lo ahorre al general. Pero no parece sensato pensar que no sabía nada de este tipo de cosas, aun, insistimos, bajo Lastiri. Ya desde Ezeiza este aparato funcionaba y no dejaría de hacerlo.

JULIO DE 1973

22 (San Nicolás, Buenos Aires) Benito Spahn, miembro de la Juventud Peronista, que había sido objeto de amenazas por parte de gremialistas adictos a la CGT durante el proceso electoral de marzo, fue asesinado por Tomás Roberto Cardozo, guardaespaldas de José Rucci, secretario general de la CGT.

29 (Córdoba) Eduardo Jiménez, liberado de su prisión el 25 de mayo, miembro del ERP, fue detenido y asesinado por la policía local. Su detención se produjo cuando se disponía a pegar afiches de propaganda en una pared, junto con otros de sus compañeros. Testigos presenciales vieron cómo era introducido en una camioneta, pero la policía informó posteriormente que había muerto como consecuencia de un tiroteo. Presentaba un solo tiro en la frente y algunos golpes en el cuerpo.

AGOSTO

13 (Mendoza) Cirilo Heredia, miembro de la Juventud Peronista, conocido por su apoyo a la gestión del gobernador Martínez Baca, es secuestrado y torturado. Tiene 17 años.

15 (Mar de Plata) Algunos militantes de la Juventud Peronista que realizaban una manifestación de apoyo al gobernador Bidegain son detenidos y torturados.

24 (Buenos Aires) El Ateneo de Estudios “Juan Pablo Maestre” fue asaltado por un grupo de veinte personas que al grito de “este local está lleno de bolches” destrozaron el mobiliario, un cuadro de Maestre y material doctrinario.

SEPTIEMBRE

7 (Tucumán) Oscar Suárez, al recuperar su libertad, denunció que había sido víctima de torturas infligidas por Héctor García Rey, jefe de la policía provincial. Ligado a José López Rega, García Rey ocupó un cargo en el Ministerio de Bienestar Social antes de actuar en Tucumán; posteriormente fue designado en igual cargo en Córdoba, junto al interventor Lacabanne).

11 (Buenos Aires) Un artefacto explosivo estalló en el local de la Juventud Peronista de Moreno.

12 (Buenos Aires) Medio centenar de hombres con armas largas toman por asalto el diario *Clarín* y reducen al personal, lanzan explosivos en el interior del edificio y ametrallan el frente. La policía no interviene.

14 (Buenos Aires) El “Ateneo 20 de Junio”, de la Juventud Peronista, es ametrallado por desconocidos.

(Campana, Provincia de Buenos Aires) El dirigente peronista Horacio M. Oróstegui, conocido como perteneciente a la izquierda del movimiento, fue asesinado el día anterior. Interventor en el Partido Justicialista de esa ciudad, ocupaba el primer lugar en la nómina de diputados suplentes de su partido.

19 (Buenos Aires) La Federación Gráfica Bonaerense denunció la desaparición de Sergio Joaquín Maillman de 24 años. El día 13 había sido visto herido y golpeado cuando era bajado de un Ford Falcon celeste e introducido en la casa de la calle Miraflores 2044. Al final de esa

cuadra está instalado el Quinto Cuerpo de Vigilancia de la Policía Federal. El automóvil en el que Maillman llegó hasta Miraflores tenía el C 468.596 como número de chapa y su propietario —o el titular de su patente— es María Esther Tagarelli de Martini, funcionaria del Ministerio de Bienestar Social.

20 (Resistencia, Chaco) Varios miembros del Comando de Organización (organización derechista comandada por el diputado nacional peronista Alberto Brito Lima) son detenidos cuando están efectuando un atentado contra el comedor universitario; entre otros, Víctor Sánchez, su secretario general. La policía no informó sobre el destino de los presos.

26 (Buenos Aires) Enrique Grymberg, docente en la Facultad de Ciencias Exactas y miembro del Consejo de la Juventud Peronista (Zona Norte), es asesinado en la puerta de su casa. ç

28 (Rosario) Es baleado el abogado Roberto Raúl Catalá. Los atacantes dejan panfletos en los que se asignan el carácter de comandos “antimarxistas”.

OCTUBRE

2 (Córdoba) Es herido a tiros el militante de la JP Ramón Fajardo.

(Corrientes) El FIP (Frente de Izquierda Popular) denuncia el estallido de una bomba en su local.

3 (Córdoba) Miembros armados de la Juventud Sindical Peronista toman la sede del Banco Social.

(Buenos Aires) En el local del Partido Comunista de la calle Estados Unidos y Sáenz Peña es hallada una bomba que no llega a estallar.

(Buenos Aires) Una poderosa bomba estalla, causando grandes daños, en la Unidad Básica “Mártires de Trelew”, de la calle Urquiza 2193.

(Córdoba) Sondas bombas estallaron en los domicilios de los diputados provinciales Fausto Rodríguez y Miguel A. Marcattini, miembros del Frejuli. Igualmente una bomba estalló en el domicilio del senador Tejada, presidente de la Cámara de Senadores de la provincia.

(Córdoba) Son detenidos Leandro Fote y otros militantes de organizaciones populares durante un procedimiento “rastrillo” efectuado en esta ciudad.

(Buenos Aires) Nemesio Aquino, miembro de la JP y afiliado a la Unidad Básica “Héroes de Trelew”, de la villa San Pablo (General Pacheco) es hallado asesinado.

6 (Buenos Aires) La agencia oficial Télam informa que en Tucumán las comisiones policiales antilibertarias fueron integradas, también, por jóvenes peronistas, a quienes se les proveyó de armas. Al mando de esas comisiones mixtas se encontraba el jefe de la policía tucumana, Héctor Luis García Rey.

(San Nicolás) Asesinan al periodista José Colombo, miembro del diario *El Norte*. Los atacantes manifiestan que ese medio está “lleno de comunistas”. (Buenos Aires) El dirigente Dante Gullo denuncia una serie de atentados contra locales de la JP.

(Buenos Aires) Dirigentes de partidos opositores manifiestan su inquietud por las “instrucciones antimarxistas” formuladas en el peronismo.

(Buenos Aires) El gobierno informa que los asilados chilenos en Ezeiza han sido incomunicados.

10 (Buenos Aires) La UTA (Unión Tranviarios Automotores) realiza un paro por el secuestro de Oscar Arca, delegado de la empresa Costera Criolla y miembro de la JTP.

(Tucumán) La Junta Provincial del Justicialismo de Tucumán, siguiendo instrucciones del Consejo Superior que preside Humberto Martiarena, “alertará a todos los compañeros de la situación de guerra contra los grupos marxistas”.

(Buenos Aires) “En la Regional San Nicolás de la CGT hay una lista de 141 ‘bolches’ en la que estábamos mi marido y yo”, denuncia la viuda del periodista asesinado José Colombo.

12 Juan Domingo Perón asume la Presidencia de la Nación.

(Continuará, *lamentablemente*.)

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

Cronología de la violencia paraestatal producida durante la presidencia de Juan Domingo Perón (II)